



FLACSO
CHILE
Biblioteca

G239mi

DT/EC30

C.2.

Documento de Trabajo
FLACSO - Programa Chile
Serie Educación y Cultura Nº 30
Santiago, Noviembre de 1992.

45.235

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

S E R I E
Educación y Cultura

538

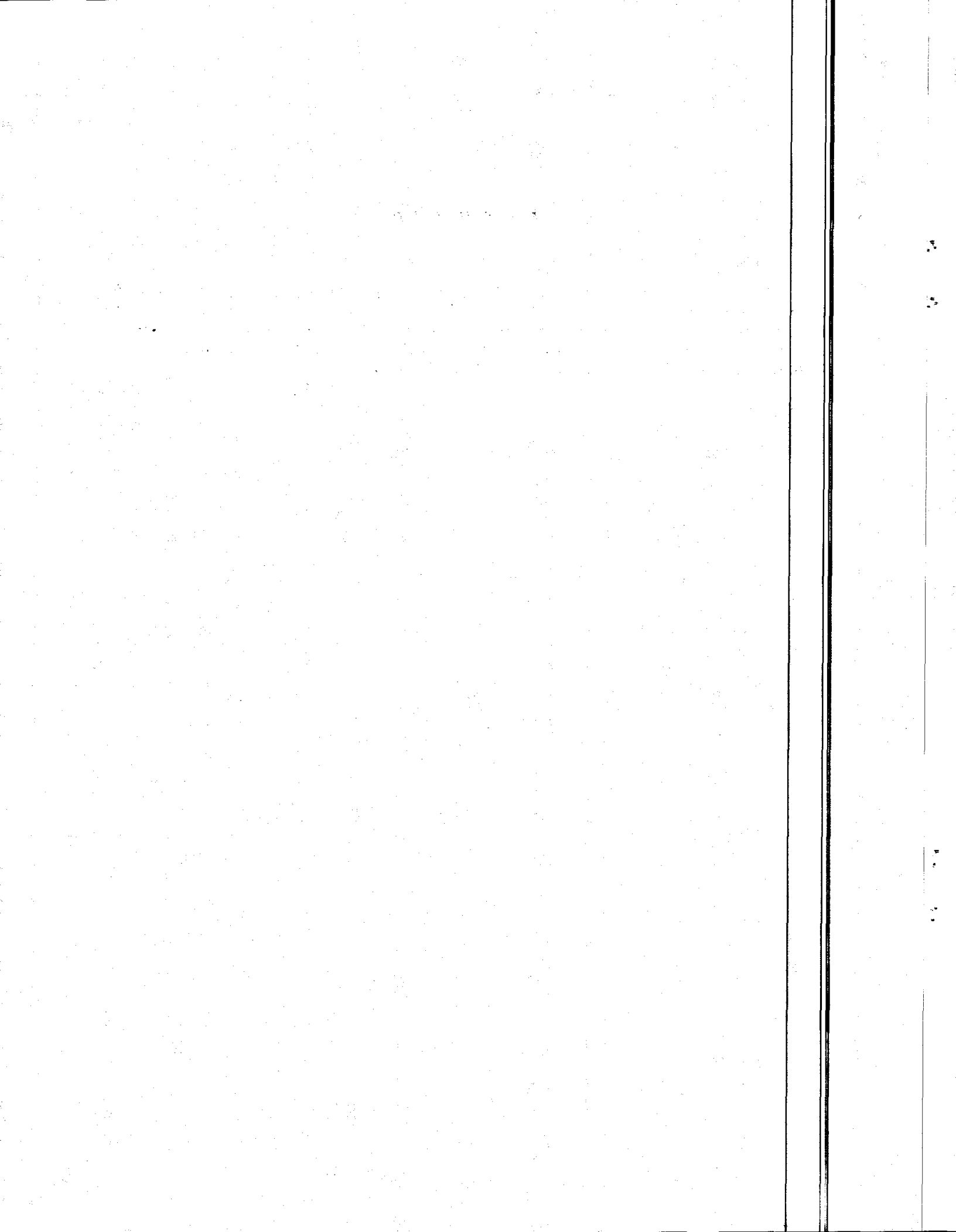
LA MIRADA SOCIOLOGICA Y LA SOCIE-
DAD CHILENA. Discurso Inaugura-
ción IV Congreso Chileno de
Sociología.

Manuel Antonio Garretón

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la exclusividad de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

RESUMEN

Se trata del discurso inaugural del IV Congreso Chileno de Sociología, el 27 Agosto 1992, en que se da una visión del estado de la reflexión sociológica hoy y se plantean algunas ideas sobre el tema central del Congreso: Modernización, Democracia y Descentralización en la sociedad chilena.



Inauguramos hoy el IV Congreso Chileno de Sociología, el primero que hacemos bajo un régimen democrático y en una situación de plena libertad académica. La presencia de tres Rectores de Universidades y un Ministro de Estado presidiendo este acto, la presencia de otros dos Ministros de Estado en esta sala, y el hecho que lo hagamos en un recinto universitario, no habrían sido posible de no mediar esta realidad.

Nos juntamos en estos congresos a reflexionar sobre nosotros mismos y sobre nuestro quehacer. Pero, sobre todo, nos juntamos, desde la perspectiva, el oficio y la disciplina que manejamos, a pensar a nuestra sociedad, su pasado, sus estructuras, su gente, sus posibilidades.

La sociología y las Ciencias Sociales representan un punto de vista sobre el comportamiento de los seres humanos, una mirada, una perspectiva. No tienen el monopolio ni de este objeto ni mucho menos de la verdad sobre él. Pero se trata de una mirada o una manera de ver indispensable e insustituible respecto de la conducta individual y colectiva, respecto de las organizaciones, las instituciones, las estructuras y movimientos sociales, y los procesos por los cuales las categorías sociales y la gente se convierten en actor y establecen relaciones que buscan ser conservadas o transformadas. No hay conocimiento ni acción sobre nosotros mismos ni sobre la sociedad en general sin el concurso de esta mirada y perspectiva. Las Ciencias Sociales no son una

simple opinión o una mirada arbitraria. Por ello, para discutirla o contradecirla hay que partir del hecho que no es una mirada cualquiera, aunque sea particular y no excluyente. Ella implica acumulación de conocimientos a través de generaciones y formas rigurosas y sistemáticas de obtener esos conocimientos. Constituyen disciplinas de trabajo y sistemas acumulativos de comprensión que deben ser juzgados con estos mismos criterios.

¿En qué consisten esa mirada y esa perspectiva? En indagar sobre el sentido no aparente de la acción social, en vincular las estructuras e instituciones con la historia y los actores que la hacen, sin caer presa del discurso de éstos ni convertirse en ideólogos o portavoces de otros. Consiste en describir las interacciones en todos los niveles, pero en penetrar en las dinámicas organizacionales en que éstas se mueven y preguntarse por las instituciones y reglas del juego que se crean y recrean para formar el marco de tales acciones organizadas. Pero sobre todo consiste en explicar cómo tales acciones, organizaciones e instituciones forman parte de la búsqueda colectiva, a veces cooperativa y a veces conflictiva por transformar, conservar, o mejor, por reproducir y, sobre todo, producir la propia historia y la sociedad. Indagar y revelar el sentido de la acción, preguntarse por interacciones, organizaciones, instituciones y problemáticas históricas de la sociedad, sin caer en ningún reduccionismo, obliga a la comunidad de hombres y mujeres que se dedican a ello a un doble movimiento. Por un lado, de

acercamiento y solidaridad con los actores sociales. Por otro, de distancia y soledad respecto de ellos para no convertirse en sus inventores o repetidores. Se trata de ayudar a todos a comprenderse y comprender.

Es cierto que cuando se busca comprender una historia, un grupo, una acción, de los que no se está totalmente separado como se lo está de las cosas o de las leyes naturales, se paga un precio. En nuestro país hemos hecho la experiencia de un doble precio. Uno, el del ideologismo que confunde la tarea de comprender con la identificación con una determinada opción de acción, transformándose en mero portavoz de ella. El otro precio al buscar explicar y comprender, fue ser convertido en enemigo por aquél que no quiere ser explicado o comprendido, sino obedecido y servido. Las ciencias sociales en Chile en su corta historia vivieron ambas experiencias. Alguna vez convirtieron sus bases institucionales en trincheras, otras veces vieron destruidas estas bases institucionales por la fuerza y la represión.

Es de esas experiencias que hemos hecho un aprendizaje colectivo y hoy buscamos devolverle a la sociedad su capacidad de auto comprensión, reconocimiento de su diversidad, y de imaginación de su futuro. Hay que reconocer sí que estamos muy lejos de haber alcanzado estas metas y que los esfuerzos institucionales por reconstruir las ciencias sociales en Chile son todavía insuficientes, especialmente en las universidades. No hemos

logrado aún que el país debata qué tipo de política destinada al desarrollo científico y a la formación de personas dedicadas a su cultivo quiere tener. Ello es una tarea pendiente.

Pero no estamos aquí para llorar sobre leches derramadas ni para hacer reclamos o peticiones. Más bien estamos para celebrar la posibilidad de renacimiento del trabajo intelectual y de reflexión sobre nosotros mismos. No otra cosa es un Congreso como éste que reúne a toda la sociología y a gran parte de las ciencias sociales en nuestro país. Que ha contado con el patrocinio de todas las instituciones universitarias y no universitarias que se dedican a ello, entre ellas las seis escuelas o departamentos del país donde 450 estudiantes preparan la licenciatura o la maestría en sociología. Que ha contado también por primera vez con el apoyo del Estado a través de los organismos más cercanos a esta actividad. Congreso, donde se han presentado 63 ponencias agrupadas en 18 sesiones y tres sesiones plenarias destinadas a la discusión del tema central y que, por primera vez tendrá una expresión regional al realizarse a su término y como parte de él, una Jornada Regional en Temuco.

¿De qué y cómo nos hablan estas ponencias? Es reconfortante comprobar que están presentes todos los temas que son materia del debate y preocupación en nuestro país: la transformación agraria, los proyectos educacionales, los problemas de identidad, la modernización productiva, los problemas de género, la diversidad

socio-cultural y la cuestión étnica, la pobreza y las formas de vida de los sectores populares, las nuevas formas laborales, la descentralización y participación, los tipos de exclusión y violencia, la acción política y la opinión pública, las expresiones y conflictos religiosos, los cambios en el Estado y las políticas públicas, la evolución de la sociología misma. Vale la pena resaltar que el 57% de las ponencias corresponden ya sea a la presentación de una investigación empírica, (43%) ya a una reflexión directa sobre un conjunto de ellas (14%); el 18 % al desarrollo de marcos analíticos e interpretativos, el 19% a trabajos que pueden ser clasificados de ensayos sociológicos y un 6% a reflexiones sobre la situación de la sociología en Chile.

Cabe insistir en la importancia del tratamiento de temas específicos a través de investigaciones rigurosas que aportan datos y conocimientos, porque el discurso de las ciencias sociales muchas veces adoleció en el pasado de generalizaciones sobre grandes temáticas sin dar cuenta de la vida real de la gente y la sociedad, lo que hacía que podíamos aprender de nuestro continente más por su literatura, su novela y su poesía, que por su ciencias sociales.

Pero tampoco se agota el trabajo de estas disciplinas y de la sociología en particular en una vastedad de datos y análisis que describen bien múltiples campos separados. Si no se consigue a través de diversos esfuerzos y aportes contribuir a la creación

de imágenes globales de la sociedad, de lo que éstas es y puede ser, se tiende a caer en la banalización o en la complicidad con el inmediatismo. Tal inmediatismo rehúye cualquier debate sobre las grandes tendencias, conflictos y contradicciones, pretendiendo que ellas ya han sido superadas definitivamente por un consenso generalizado o por el fin de la historia.

Por ello hemos querido por primera vez enmarcar el Congreso en una temática general, que sin coartar la posibilidad de abordar otros campos, permita acercarse al diagnóstico, análisis y proyección de tres grandes procesos por los que atraviesa nuestra sociedad y que definirán su perfil y gran parte de la vida colectiva en el futuro. Es probable que la compleja interrelación entre democracia, descentralización y modernización según el sentido que demos a estos términos defina gran parte de la conflictualidad y la problemática de la sociedad chilena en las próximas décadas y que las opciones que se le ofrezcan en todos los niveles giren en torno a estos tres temas.

El tema de la democracia implica hoy en día al menos tres aspectos. Por un lado, más allá de la discusión sobre si terminó o no la transición, hay que reconocer que la tarea propia de una transición cual es la de producir un régimen político democrático completo no ha sido concluida. Estamos en democracia, sin duda, pero coexistiendo con instituciones y problemas éticos y simbólicos heredados del régimen autoritario. Cabe entonces

preguntarse por los efectos de mediano y largo plazo en los distintos campos de la sociedad que tiene la presencia y mantención de estos enclaves autoritarios. Por otro lado, más allá del cambio de régimen, incluso aunque éste se completara, perfeccionara o profundizara en todas sus dimensiones, hay que recordar que el ethos democrático latinoamericano y chileno estuvo siempre ligado a la visión igualitaria e integrativa de la sociedad, a su cohesión como nación, a la superación, por tanto de sus exclusiones. Que alrededor del 40% de la población hoy viva en la pobreza o esté marginada cuestiona la realización de este ethos y convierte a la democratización social en su doble aspecto de igualación de oportunidades y de creciente participación de la gente en las decisiones que le afectan, en una condición de estabilidad democrática en lo político.

Pero democracia y democratización se dan hoy en medio de transformaciones tales que parecen terminar con una época e iniciar otra. Si esto es así lo que está en juego es la política misma y el sentido que la gente le otorga. Es cierto que Chile presenta el caso excepcional de una muy baja abstención en los últimos eventos electorales. Pero el que cerca de la mitad de los que no votaron en las elecciones pasada esté entre los 18 y 21 años, más de la mitad de los cuales no votaron, obliga a dar una señal de alarma respecto del significado de la política para la juventud, es decir para el futuro. La pregunta por la política es la pregunta qué tipo de relación se establece entre el Estado, el

sistema de representación o los partidos y la sociedad civil, es decir, por la autonomía y fortaleza de los actores sociales. Esta relación estuvo caracterizada en Chile durante décadas por la imbricación entre el liderazgo de las organizaciones sociales y los actores político partidarios, presionando ambos hacia el Estado, con alta vitalidad de la política partidaria, pero con escasa autonomía y riqueza de la sociedad civil. Si el período autoritario significó la desarticulación de esta forma de relación, debemos preguntarnos hoy por qué tipo de sociedad emerge, por el grado de fortaleza o debilidad de los actores sociales, por la validez y significación para la gente del sistema de representación, por la eficiencia y carácter integrativo del Estado, y por el modo cómo la sociedad vive los vínculos entre estos elementos, que no otra cosa es la política.

El tema de la descentralización se ubica en la encrucijada de procesos de democratización y de modernización. Ella plantea la cuestión del Estado. Contra los mitos y las visiones simples que buscan la reducción mecánica a todo precio del Estado y ven en el mercado al nuevo Dios en la tierra, hay que recordar que no ha habido en este siglo ningún caso de desarrollo económico, social y cultural, que no haya sido con un papel fundamental y activo del Estado como agente de desarrollo e integración nacionales y de inserción en el mundo. Las ideologías de la aldea global tienden a crear una imagen distorsionada, que los hechos que ocurren en casi todas las latitudes desmienten radicalmente. De

ahí que la cuestión no es ni agrandar ni achicar al Estado como panacea, sino la reforma de éste en términos de su modernización, reducción de su dimensión coercitiva, aumento de su eficiencia y de la dimensión participativa de la sociedad y reforzamiento de su capacidad redistributiva. La pregunta es por el tipo de Estado que quiere construirse. Y aquí el tema del Estado se encuentra con el tema de la descentralización. Pero ésta lo desborda, por cuanto la descentralización no sólo refiere al Estado, sino a la naturaleza de la vida colectiva local y regional y de los espacios de expresión de la sociedad civil, y a la de los poderes que se constituyen en estos ámbitos. Hay que reconocer que el debate público en estas materias ha sido estrecho y distorsionado por cálculos inmediatistas de tipo electoral, que por legítimos que sean, no dan cuenta de la envergadura de la transformación de una sociedad que va a empezar a vivir una densificación de su economía, su cultura y su política local y regional, con débil tradición al respecto, y sin perder el carácter de su Estado unitario.

El tema de la modernización remite a la cuestión de la identidad nacional y del modo de insertarse en el mundo. En este punto no sólo ha habido banalización confundiendo la modernidad con algunos instrumentos o mecanismos o identificándola con algún proceso histórico particular de modernización. Sino que ha habido un triunfalismo ingenuo que proclama sólo hoy accedemos a la modernidad y que para ello no debemos confundirnos con el resto

de nuestro continente. Recordemos el concepto sociológico elemental: la modernidad no es otra cosa que la afirmación de la capacidad de los sujetos individuales y colectivos de hacer su propia historia. Como tal, no se identifica con ningún proceso de modernización específico, sino que cada sociedad inventa su propia modernidad. Esta afirmación de sujetos no se hace sólo a través del desarrollo científico-técnico como lo pretende una visión reductivista de la modernidad y la modernización, sino que implica también la dimensión comunicativa o expresiva, es decir, aquello que está más allá o más acá de la razón científica. Y ninguna de estas dimensiones logra dar cuenta de la modernidad de una determinada sociedad, si no es a través de la memoria histórica de su pueblo. La combinación original de estos tres elementos le da necesariamente a nuestra cultura un carácter híbrido o mestizo como ha sido señalado por algunos. En tal combinación pueden encontrarse el aporte y el modo de inserción particular de nuestras sociedades en un mundo cada vez más transnacionalizado, donde el papel clave hoy y en el futuro más que el poder geo-político o militar lo juega la plena expansión de las energías creadoras de toda la población. Desde esta perspectiva, es bueno en este año del Quinto Centenario reafirmar que nuestra modernidad tiene una historia de varios siglos como búsqueda y lucha de recreación y proyección de esta cultura. Es bueno reafirmar también que somos parte indisoluble de América Latina y es en ella que podemos encontrar nuestra forma de inserción en el mundo.

Los tres procesos, democratización política y social, descentralización y modernización, sus interacciones, complejidades y significaciones que hemos mencionado, son considerados aquí, como indicábamos al comienzo de estas palabras, desde una mirada y con una voz particular. La de las ciencias sociales y, específicamente, la de la sociología. Y no podemos terminar sin una muy breve referencia a la situación de ésta hoy día. Sin volver a repetir lo que ha sido su historia en nuestro país, vale la pena meditar sobre tres desafíos que enfrenta la perspectiva sociológica actual y su desarrollo futuro.

El primero es el de la identidad disciplinaria. Es cierto que el desarrollo teórico de la sociología llegó a una coyuntura crítica con el fin de los grandes paradigmas monolíticos con los que se identificó. La suma de investigaciones y la acumulación de investigaciones que nos informan sobre procesos y sociedades concretas no halla aún una contraparte en teorías sólidas de la sociedad y lo social. Pero ello es sólo un aspecto del problema. Hay otras ciencias, como la biología en ciertas vertientes o la lingüística, que tratan de dar cuenta de este vacío y de explicarnos la sociedad y el comportamiento colectivo como si éstos fueran una anatomía, una fisiología o un texto. Hay disciplinas nuevas como las referidas a procesos de gestión y decisión con presupuestos muy débiles sobre la sociedad y el comportamiento social, pero que han mostrado éxito en la

resolución de problemas técnicos y que cuentan con una vasta publicidad y "marketing" como para imponerse en el campo académico y profesional. Hay áreas temáticas que fueron interdisciplinarias que se transforman en disciplinas completas y autónomas de investigación y formación, como son la educación, la comunicación o el medio ambiente, por citar sólo tres. Hay por último campos ocupacionales y oficios que exigen formaciones que desbordan los límites tradicionales de una disciplina. Todo ello tiende a cuestionar a la sociología y las ciencias sociales clásicas. No siempre éstas han sido capaces de absorber lo que debe ser absorbido de estas nuevas dimensiones o disciplinas y rechazar las inmiscusiones indebidas, madurando y fortaleciéndose en el diálogo con ellas. Más bien, o se han dejado arrastrar acríticamente por las nuevas corrientes académicas y profesionales, perdiendo su especificidad, o se han refugiado en sí mismas defensivamente, lo que les dificulta progresar y enriquecerse.

El segundo desafío que se enfrenta es el de la continuidad generacional. Si bien es cierto que hoy se reabren las escuelas de sociología y que se cuenta con libertad de formación e investigación, no es menos cierto que pasaron muchos años de anormalidad que hirieron profundamente la comunidad de quienes se dedican al cultivo y a la enseñanza de la disciplina y que no se ha resuelto aún ni la reinserción universitaria de quienes fueron afectados ni la formación e inserción ocupacional de las

generaciones intermedias. Esta es una deuda cultural y académica que repercute en la formación de las nuevas generaciones de estudiantes y que no ha sido saldada.

El tercer desafío se refiere al desarrollo institucional. Ya no puede pensarse que hay una base institucional exclusiva para el cultivo y difusión de las ciencias sociales. Si bien hay aspectos de ellas, especialmente lo referido al desarrollo teórico-metodológico, a la investigación básica y a la formación de nuevos académicos y profesionales, que sólo pueden ser llevados a cabo en forma fructífera por las universidades, hay que reconocer que las llamadas "universidades tradicionales" no han logrado aún recomponer la masa crítica de investigadores y profesores, y las "universidades nuevas" tienen aún un nivel incipiente de recursos y acumulación académica, para constituirse por sí solas, y pese a los esfuerzos de unas y otras, en los únicos pilares del cultivo de estas disciplinas. Pero tampoco los centros académicos independientes, de tan importante papel en la última década, pueden solventar por sí mismos esta tarea, acuciados como están por problemas financieros y por urgencias de realización de proyectos indispensables para el conocimiento concreto de nuestra sociedad, pero que no permiten la profundización teórica ni la formación de nuevas generaciones. Hay que entender que sin un esfuerzo conjunto del estado, las Universidades y los centros académicos independientes, sin fórmulas innovativas de colaboración a lo largo del país en tareas de investigación y

enseñanza, el trabajo particular de cada institución está condenado a una mera reproducción sin mayores proyecciones para la cultura y la sociedad.

Así, nuestra tarea hoy es doble: aportar tanto a la construcción de nuestro propio trabajo como al esclarecimiento y debate de fondo de los procesos sociales que están definiendo nuestra identidad y nuestro futuro. Los trabajos presentados y la presencia de todos Uds. aseguran que este Congreso estará a la altura de esta tarea.

